



CRÓNICAS DEL
SON
Y
EL FANDANGO

recopilación Andrés Moreno Nájera

edición Eduardo García Acosta

diseño Deborah Small

CRÓNICAS DEL SON
Y
EL FANDANGO



DEDICATORIA

A la memoria de los músicos
y bailarores que hicieron
posible una época de oro
del son y el fandango en San
Andrés Tuxtla, Veracruz



Pareja bailando "El Toro"

AGRADECIMIENTOS

A todos los campesinos que aportaron sus ideas e hicieron posible este trabajo. A la Casa de la Cultura de San Andrés y su director Andrés Moreno Nájera por recoger las narraciones incluidas en este libro. A Deborah Small por el diseño gráfico e imágenes. A Lydia Vogt también por imágenes. A Merryl Goldberg y la Universidad Estatal de California en San Marcos por su apoyo a este proyecto. La fundación Fulbright-Hays por fondos que nos llevaron a iniciar este proyecto. Al Centro ARTES por el apoyo para la impresión presente y futura. A Nacho, Luis y Elvia y a todas aquellas personas interesadas que de una manera u otra dieron su apoyo.

— Eduardo García Acosta



Fandango en comunidad

CONTENIDO

Presentación	9
Introducción	13
La espiga que me salvó	15
El egoísmo atrae el mal	19
Un día sagrado	21
El Chaneque de los chorros de Pueblo Nuevo	25
Un encanto en la boda	27
Rosita la fandanguera	31
Relato de oreja mocha	33
La jarana del Chino	35
La bailadora de Abata	37
Relato de Mayiya	39
La jarana que perdió la voz	41
El muerto que regresó a tocar	43
La fiesta del cerro	45
La Ceiba de Puchuapan	46
El amigo	49
La jarana y el cascabel	51
La sombra del berenjenal	53
El cerro del encanto	55
El encanto del Coxole	57
Cuidado con el té	59
Me encantaron los Chaneques	61
El mata gatos	63
Tío Mache Gómez	65
El Pelón Riveroll	67
El violín de don Modesto	68
Por qué no baila el hombre	71
Glosario	72
Bibliografía	74



Don Gabriel, decimero de la región de San Andrés

PRESENTACIÓN

Cuando el maestro Andrés Moreno Nájera me mostró las narraciones aquí impresas me dijo: “para ellos –los narradores– estas historias son reales aunque para uno sean fantásticas”. Eso es exactamente lo que concluyó Italo Calvino en su colección de cuentos populares italianos *Fiabe italiane* (Einaudi editore, Torino, 1956) después de mucho analizar, clasificar y estudiar cientos de cuentos y narraciones: los cuentos son reales.

Estas narraciones nos hablan de lo bueno de compartir la música, el baile, la tarima, la comida, es decir vivir en comunidad. Al mismo tiempo encontramos una moral que caracteriza los fandangos y el gusto de la gente por éstos como vicios “...la jarana es muy mal vicio, chamaco...” cuyas consecuencias amenazan ser severas (“Relato de oreja mocha”, “Relato de Mayiya”, “La jarana del chino”, “La fiesta del cerro”) que, por ejemplo, después de pasar un susto o perderse en el monte, el o la protagonista decide “no [volver] a salir a los fandangos”.

Encontramos también los temas y la ética que guían a una comunidad: el son y el fandango son bienes que se comparten y no se le niegan a nadie so pena de atraer el mal (“El egoísmo atrae el mal”). Cuando el son y el fandango se comparten el individuo crece como crece la comunidad al ejercitar la inclusión de otros.

Los instrumentos musicales son, en esta colección de cuentos, el punto de enfoque donde las virtudes de compartir la música dan la batalla con la envidia, el egoísmo y el individualismo para ganarse a la comunidad y el individuo (“La espiga que me salvó”, “El egoísmo atrae el mal”); la salvación del individuo debe pasar por la salvación de otros y por lo tanto de la comunidad. Y son la música, el son y el fandango, el portal que da entrada y salida a seres mitológicos a través de los cuales la comunidad conversa consigo misma.

Yobaltabant, uno de estos seres mitológicos, aparece, pues, en distintas ocasiones para aleccionar o hacer bromas a los adultos (“La jarana del chino”, “La bailadora de Abata”, “La jarana que perdió la voz”, “La fiesta del cerro”, “La Ceiba de Pachuapan”, “El amigo”, “El violín de don Modesto”, “Por qué no baila el hombre”).

Este ser mitológico puede cambiar a la gente: hacerlos beber si no beben; hacerles dejar de beber si son borrachos; despojarlos de lo que tienen si su ambición afecta a lo demás; meterle un susto a quien intenta acaparar la tarima o el fandango (“Por qué no baila el hombre”).

Los chaneques juegan, asimismo, un papel integral en el folklore de la región y los encontramos en las narraciones “El cerro del encanto” y “El encanto del Coxole”. Generalmente son los chaneques (“Me encantaron los chaneques”, “El chaneque de los chorros de Pueblo Nuevo”) quienes se encargan de aleccionar al vicioso del son y el fandango que “...cuando no había fandango se sentía como un animal enjaulado, daba vueltas y más vueltas...”. Otras veces vemos como los chaneques son los perpetradores del encanto, haciendo contrapeso al fandango y la música para que el pueblo “[deje] de amanecer en los fandangos” y conserve sus energías para otras actividades. Recientemente me enteré de la historia de un anciano cuyo padre no le enseñó a tocar jarana antes de enseñarle a cultivar la tierra: la autosuficiencia es primero. Sin embargo se sabe que la manera de hacer algo más interesante es, precisamente, prohibiéndolo.

Estas crónicas también nos permiten vislumbrar las costumbres, la cocina y la yuxtaposición, por ejemplo, de lo religioso (el altar) y lo secular (la tarima), lo espiritual (el canto religioso) y lo corporal (la comida, el baile y la cantada) en cuentos como “Cuidado con el te”. Durante los velorios (escenario en que da lugar la narración) estos dos mundos coexisten en un equilibrio sorprendente: los cantos religiosos se escuchan al mismo tiempo que los sones; sin perturbarse el uno al otro.

Hay tantas descripciones y definiciones del son y del fandango como personas hay que lo practican. Pero digamos que el son es la forma musical popular de expresarse de esta región de Veracruz y el fandango es la fiesta popular donde se canta y baila el son. Esta música de son hace uso de una instrumentación que puede variar según el área. En San Andrés Tuxtla se usan jaranas de diversos tamaños para obtener el alcance musical que en otras regiones se obtiene con el arpa. Se incluye así a un número mayor

de personas. Se usan también las guitarras de son, que en otras regiones se conocen como requintos, el violín y la tarima. Aquí la música es más pausada lo cual permite a los bailadores y cantadores improvisar a su gusto.

Moreno Nájera es un maestro de secundaria que ha dedicado su vida a “enseñar, enseñar, enseñar” y su amor por la cultura lo ha convertido en un verdadero Tlapizcatzin (el que preserva) defensor y preservador de los viejos sones, “como los tocan los viejos”, los bailes y los cuentos de la región. Lejos de usar un lenguaje especializado, académico presentamos estas narraciones sin estilización alguna. Conservando en ellas el sabor local del modo de hablar de sus narradores.

Eduardo García Acosta



INTRODUCCIÓN

Los ancianos de antes, no permitían que sus hijos tocaran las jaranas, durante la infancia.

Por lo regular, empezaron a tocar jarana después de que se casaban, cuando pasaban de niños a hombres. Aquí no contaba la edad, se podía ser niño a los trece años o ser a esa misma edad un hombre de obligaciones.

Todo niño que quería tocar la jarana para acudir a la diversión, lo hacía a escondidas, reprendiéndosele severamente si era descubierto.

Los hombres de edad madura tenían la idea que la música de jaranas era un vicio, que atraía el encanto y el mal y sin embargo ellos se divertían con la música de estos instrumentos y bailaban al compás de sus ritmos.

El demonio siempre los tentaba en un fandango, poniendo a prueba su valor y su inquebrantable fe. Por esta razón muchos jaraneros pegaban estampitas de santos en el cabezal o dentro de la boca de su instrumento, otros gustaban ir frente al altar, en un velorio y limpiar sus jaranas con flores, con la idea de alejar al demonio del camino.

Pero también sufrían el acoso de los chaneques y yobaltabant quienes constantemente los hacían presa del encanto.

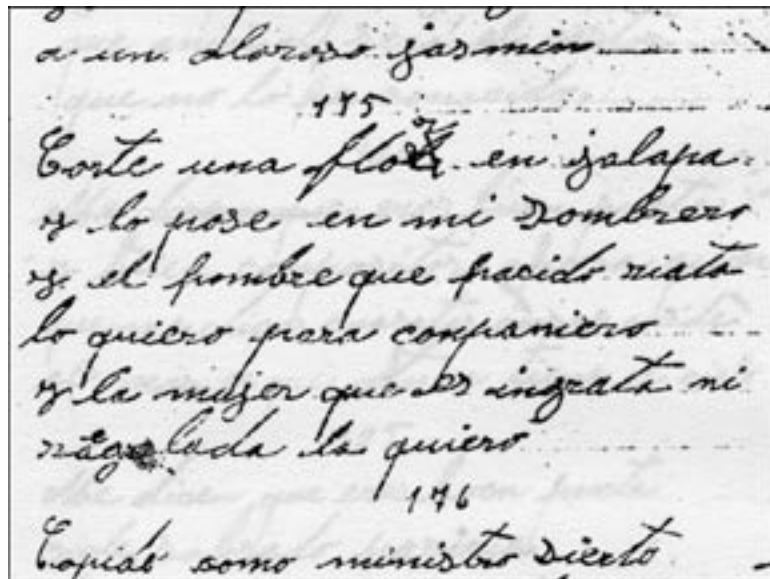
Por esta razón en un fandango no faltaba la presencia del violín, instrumento que alejaba al mal y con el cual, los músicos se sentían protegidos.

Los músicos se sentían seguros y contentos con un violín, con su instrumento hacían constantemente la señal de la cruz. Esta es una de las razones por las que nunca faltaba el violín en los fandangos.

—Andrés Moreno Nájera



Juan Mixteca Baxin, viejo sonero recordando y charlando con Ildiko Demeter, maestra de California



Cuaderno de versero popular, 1938



Guitarrero tocando la guitarra de son durante un fandango dentro de las fiestas de Santiago Tuxtla

LA ESPIGA QUE ME SALVÓ RELATO DE DON DEMETRIO QUINO BAXIN A LOS 90 AÑOS

Una vez me fui a un fandango a las fiestas de San Antonio, allá en Comoapan, se ponían muy buenas y a mí me gustaba la diversión.

Con mi guitarra en la mano me eché a andar por el camino real no nos importaba caminar, estábamos acostumbrados a hacerlo siempre.

Como llegué temprano, me fui a ver a los toros al rodeo. Se me fue el tiempo, cuando me di cuenta la noche estaba cayendo.

Entonces me encaminé al fandango, a lo lejos se escuchaban los instrumentos y el golpeteo de la tarima.

En el camino voy afinando mi guitarra, y de repente ¡zaz! Que se me revienta una cuerda. Por suerte que siempre traía una de reserva dentro de la guitarra. Me senté sobre una piedra y me puse a cambiarla.

El fandango se escuchaba bien animado, el golpe de la tarima era parejo, la música estaba bien controlada.

Me entró la desesperación porque no podía cambiar mi cuerda en medio de la oscuridad y yo quería estar ahí metido en la fiesta.

Cuando al fin terminé me encaminé al fandango. Al llegar había muchos músicos; jaranas de todos los tamaños y como tres guitarreros.

Los guitarreros estaban parados al frente, al pie de la tarima. Cada golpe que daban con la espiga hacía saltar las cuerdas. Se veían quietos y alguno con los ojos cerrados. Solo se veían mover las manos.

Abriendo camino llegué hasta el frente donde estaban los demás guitarreros, saqué una espiga de mi bolsa, la coloqué entre mis dedos y comencé a tocar.

Casi frente a mí estaba parado otro guitarrero, con una media guitarra, que tenía en el cabezal una piedra roja que brillaba con la luz de la luna.

Este hombre usaba un sombrero de lado y entre los dedos tenía una espiga larga de cuerno blanco. Parecía que no tocaba las cuerdas, pero se escuchaba fuerte y bonita su música. Parecía que no movía las manos pero recorría de arriba abajo el brazo de la guitarra y tocaba todas las cuerdas.

Pero en eso me di cuenta que yo no podía tocar mi guitarra. No escuchaba el sonido de mi instrumento. Se me trababan los dedos y la espiga en las cuerdas.

Al levantar la vista, noté que el guitarrero del sombrero ladeado, se reía con una sonrisa rara, no sé si se reía de mí, por no poder tocar o se reía de gusto por estar tocando.

Yo me decía ¡Dios mío, que me pasa! Si sé tocar ¿Qué tienen mis manos que no me responden?

Me sobaba las manos, me tallaba los dedos sin ningún resultado.

Volví a ver al hombre del sombrero ladeado y... la misma sonrisa en la boca. No sabía qué hacer, si insultarlo o salirme del fandango y regresarme a mi casa.

Después de pensarlo bien, decidí regresar a mi casa. Cuando ya me iba a salir me acordé que en la bolsa de mi pantalón traía otra espiga. Esa espiga la había curado un primer viernes de marzo, le había hecho siete rayitas como una colita de cascabel. Siempre la cargaba en mi bolsa aunque no fuera a tocar.

Entonces meto la mano a la bolsa de mi pantalón y saco la espiga, la pongo entre mis dedos, hago un registro, hago otro, al darme cuenta ya estaba tocando con los demás músicos un siquisirí. La música salía clarita, mis dedos se daban gusto subiendo y bajando por el brazo de mi guitarra.

Ya me sentía contento en el fandango.

De pronto me acordé del hombre del sombrero ladeado, levanto la vista para verlo... ya no estaba. Lo tenía casi frente a mí y no vi cuando se retiró.

Lleno de curiosidad le pregunté a otro músico:

- Oye amigo, ¿para dónde se fue el guitarrero que trae el sombrero de lado?

- ¿Cuál mi amigo? Si no ha llegado nadie con esas señas.

- Si amigo el que estaba parado casi frente a mí. El de la guitarra que trae una piedra roja en el cabezal.

- No amigo, desde que llegaste te aislaste en esa esquina. Ven júntate con nosotros, vamos a tocar juntos.

En ese momento me di cuenta que no era nada bueno. Mi espiga me había salvado del maligno. Guardé silencio y recé un Ave María. Esperé a que saliera el sol para regresar a mi casa.

Nunca quise contarle a nadie porque creerían que estaba loco. Esa es la razón por la que siempre cargo mi espiga aunque no toque.

Un día me salvó del mal y otro día me salvó la vida.



Guitarra leona. Instrumento bajo ejecutada con una espiga hecha de



El arsenal sonoro en San Andrés incluye jaranas de diversos tamaños. Los músicos las clasifican de acuerdo a su tamaño o su sonido



Jaraneros en plena acción, Santiago

EL EGOÍSMO ATRAE EL MAL RELATO DE DON MANUEL PAVA A LOS 99 AÑOS DE EDAD

En una ocasión me invitaron a un velorio allá por los ranchos de Texalpan y me dispuse a asistir.

Al caer la tarde, descolgué mi jarana y le revisé sus cuerdas de tripas, ya que se las comían las cucarachas, les unté un poquito de aceite para aflojarlas y agarré camino.

Con mi jarana colgada al hombro me fui caminando a la fiesta donde me convidaron. A lo lejos se escuchaba la música, apresuré el paso. Cuando ya se oían claritos los sonos, comienzo a afinar mi instrumento y así caminando quedé templado.

Poco a poco llegué a donde estaba un grupo de tocadores, junto a un entablado. Como ya estaba afinado, me acerqué a tocar con ellos, pero ellos como que no me vieron con buenos ojos, porque al terminar el son, se retiraron un poco para afinar nuevamente. Una vez afinados se acercaron a tocar otro son. Cuando quise tocar mi jarana me di cuenta que habían cambiado de tono.

Con calma me puse al mismo tono que ellos. Había quedado por Chinalteco mi instrumento. Me acerqué a ellos y comencé a tocar. Tocamos dos sonos, pero en el tercero, el guitarrero mueve una cuerda y nuevamente cambiaron de tono. Ahora tocaban por media bandola y mi jarana no quería quedar. Me costó trabajo afinar mi instrumento. Sentía que me hervía la sangre.

Caminar tanto para no dejarme divertir.

Molesto me volví a acercar a los músicos. Terminado el son vuelven a cambiar de afinación, ahora por variación obligado.

Lleno de coraje me senté sobre un tronco. Me di cuenta que no querían que yo tocara. El fandango estaba en su punto y yo sentado con mi jarana en la mano sin poder tocar. La boca me temblaba de rabia, pero no podía decir nada, pues andaba por tierras ajenas. Si hubiera sido por mis terrenos, ya les hubiera quebrado la jarana por la cabeza.

En eso estaba pensando cuando se acercó un hombre a caballo con acicates plateados. Se bajó del caballo y se puso a

tocar.

Traía una segunda que sonaba ladina, ladina, no había escuchando una jarana igual.

En seguida pensé que le pasaría lo mismo por lo que me puse a esperar a ver que pasaba.

A la vuelta de tres sones cambiaron la afinación, el fuereño rápido cambió la suya. Como su jarana era ladina, opacaba las voces de las otras jaranas. En eso el fuereño cambia la postura de su jarana obligando a los demás músicos a cambiar su afinación.

Tan templadas quedaban las cuerdas que se fueron reventando. En otras el puente se le arrancó. El fuereño seguía tocando. La música se escuchaba como si fueran cien jaranas.

Al terminar el son, cada músico tenía dos o tres cuerdas reventadas o el puente volado.

Entonces animado, me acerqué a la tarima a tocar. Cuando comencé a sonar mi instrumento se escuchó un ruido ensordecedor acompañado de una luz brillante. Un rayo había caído ahí mismo al pie de la tarima.

Cuando reaccioné, estaba solo en la tarima, el fuereño había desaparecido.

Los músicos con las cuerdas reventadas y los puentes volados rezaban y rezaban, pues Yobaltabant les había hecho una mala jugada.



Mujeres bailando "El Butaquito", Nopalapan

UN DÍA SAGRADO RELATO DE RÓMULO CHONTAL A LOS 70 AÑOS DE EDAD

En una noche de San Juan, en uno de los barrios de San Andrés, se organizaba un fandango, con motivo de celebrar al santo patrono del barrio.

La luna llena se veía opacada por negros nubarrones que corrían en el cielo. Más sin embargo, los vecinos entusiasmados habían puesto ya la tarima en medio de dos grandes candiles de petróleo. Unas largas bancas de madera se veían alrededor de la tarima, misma que ocupaban las mujeres que llegaban al lugar.

Los músicos templaban los bordones de sus instrumentos y tocaban pedacitos de sones para acoplarse, ante lo cual las mujeres se desesperaban por subir a la tarima.

De cuando en cuando un cohete corredizo subía al cielo, invitando con su sonido a todo el pueblo a participar.

Por las veredas llegaban grupitos de mujeres y campesinos con sus jaranas en la mano deseosos de divertirse.

No todos en el barrio estaban de acuerdo, entre los vecinos del lugar, había varias personas descontentas. Los más ancianos decían que en ese día no podía correr aguardiente, porque era un día sagrado y se debía purificar el alma. Como la fiesta ya estaba organizada, los músicos impacientes dan inicio con un siquisirí. Al momento la tarima se llenó de mujeres, las cuales se movían de un lado a otro de la tarima. El cantador se daba gusto echando versos. No faltó quien galeó a una mujer poniéndole en la cabeza su sombrero.

Ya prendido el fandango se tocaron sones de a montón y de parejas. Los guitarreros disfrutaron con la espiga en la mano. Versos tras versos cantaban los verseros. En la tarima los bailadores se remudaban tras cada copla cantada.

A eso de la media noche se acercó un cristiano vestido de negro, en sus botines traía buenas espuelas de plata además de tener una brillante dentadura de oro.



Se acercó a los músicos y empezó a cantar, con tal fuerza, que opacaba la voz de los demás cantadores. Cada que abría la boca, salía un olor horrible; apestaba a algún animal muerto.

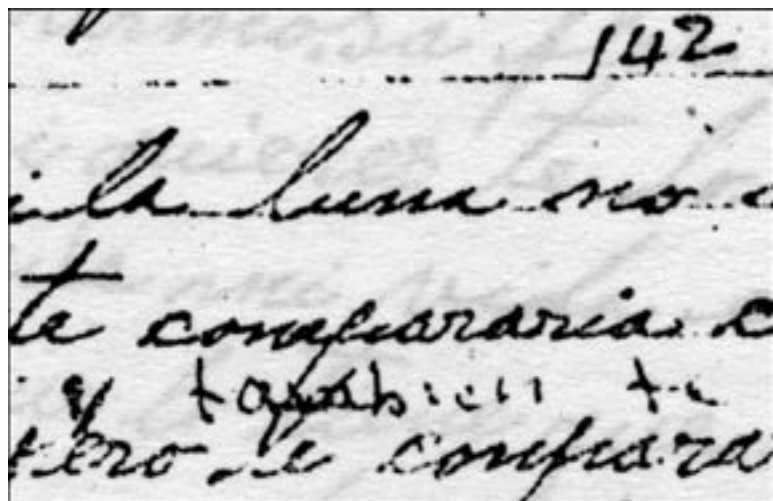
El fandango seguía animándose cada vez más, en eso los músicos se arrancaron con un zapateado y el hombre de negro subió a la tarima. Zapateó con tal fuerza, que se levantó una nube de polvo en la tarima. Ninguna mujer quiso bailar con el hombre de los dientes de oro, pero éste se negaba a bajar de la tarima. Entonces se formó un remolino muy grande que asustó a hombres y mujeres.

Cuando pasó el susto, el hombre de los dientes de oro seguía arriba de la tarima. Reaccionando, los músicos y la gente ahí reunida decidieron bajarlo a empujones.

Mas el hombre de negro decidió bajarse y se echó a correr seguido por la gente, pero al llegar al cruce de una calle se convirtió en un chivo que a los pocos minutos se perdió en el monte.

Los músicos llenos de miedo regresaron al fandango, para darse valor bebieron aguardiente toda la noche hasta que salió el sol.

Por eso desde ese día, los jaraneros toman mucho aguardiente cada vez que están tocando.



Detalle de cuaderno de versero, 1938



La expresión artística incluye grabados sobre las jaranas



Cascada de Xico



Salto de Eyipantla

EL CHANEQUE DE LOS CHORROS DE PUEBLO NUEVO RELATO DE PEDRO CHAPOL A LOS 61 AÑOS DE EDAD

Contaba mi tío que hace muchos años, en San Andrés había pocos puentes. Para pasar el Vichilapa, el Pipisole o el Tajalate, había que hacerlo brincando las piedras.

A mi tío le gustaba mucho el fandango, amanecía tocando o bailando en la tarima, hasta que el fandango terminaba. Todos los sábados se guiaba por los cohetes de arranque para encontrar un fandango; cuando no había fandango se sentía como un animal enjaulado, daba vueltas y más vueltas.

Un día, cuando caía la tarde agarró su jarana, se la colgó en el hombro y se fue al fandango allá por Pueblo Nuevo.

Toda la noche estuvo tocando y bebiendo aguardiente con otros músicos y bailarines. Ya cuando amanecía se echó a caminar calle abajo.

Al pasar cerca de los chorros de Pueblo Nuevo vio que un niño jugaba en el agua a esa hora de la madrugada. Asombrado se acercó un poco para ver quién era. Entonces le dijo el niño:
- Señor, señor, toque usted Los Enanitos.

Como le había caído en gracia el niño, agarró su jarana y se puso a tocar el son de los enanos. En ese momento bajó un terral espeso, que cubrió el lugar.

No se podía ver ni los pies siquiera. No sabía por donde y para donde caminar.

Le preocupaba el niño que andaba solo a esa hora. Era tan profundo el silencio que se sentó sobre una piedra y se puso a esperar a que se despejara, pero siempre atento a escuchar las pisadas del niño dentro del agua.

Cuando empezó a aclarar, se echó a buscar al niño pero ya no lo encontró, solo se escuchaba el sonido de los chorros de agua.

Un escalofrío le recorrió por todo el cuerpo que hasta la borrachera se le bajó. Abrazó su jarana y se puso a caminar, pero



En los fandangos, la tarima es escenario e instrumento del son



“La música, los bailadores y los cantadores eran una sola cosa.”

UN ENCANTO EN LA BODA RELATO DE EVARISTO MELCHI A LOS 64 AÑOS

Hubo una vez la celebración de una boda, en una de las comunidades vecinas de San Andrés. Ahí se concentraron músicos bailadores y versadores de los alrededores, quienes llegaban en grupitos. Los hombres a caballo y las mujeres a pie.

El fandango estaba muy bonito y divertido. Los músicos convivían, mientras unos tocaban, otros descansaban. Los cantadores echando versos en cada son, buscando lo mejor de su memoria de acuerdo a la ocasión.

Había caído la noche, cuando llegó otro grupito de músicos. Estos venían de por las partes altas, y en vez de acoplarse a la afinación de los músicos que estaban en la tarima, se pusieron a tocar con un tono más alto.

Los músicos que ya estaban tocando se molestaron, pero al fin de cuentas afinaron sus instrumentos al tono que traían los recién llegados. Cuando ya estaban acoplados, los recién llegados volvieron a cambiar la afinación y entonces los señores se retiraron a un lado.

Los recién llegados se apoderaron del fandango. No había más músicos que ellos. Cuando unos verseros se acercaron a cantar les llovieron versos picones y de argumentos, que los obligaron a guardar silencio. Ellos eran los únicos del fandango.

Así estuvieron por un buen tiempo, al pie de la tarima, acosando a todo aquel que se atrevía a acercarse.

Nadie supo de donde salió un viejecito con una primerita harto sucia pero con un sonido ladino, se acercó a ellos y les dijo: —El mejor de ustedes, véngase a tocar conmigo.

El grupo de músicos se unió al viejecito y se pusieron a tocar y a cantar. El viejecito trinaba como una primavera. En versos de argumento le preguntaron:

“Si es que conoces el paño
Yo te voy a interrumpir

En preguntarte extraño
En versos me has de decir:
¿Cuántas horas tiene un año?"

—A lo que el viejecito contestó:

"Como me gusta trovar
Voy a decirte la cuenta
Sabiedo multiplicar
Tiene ocho mil setecientas
Y sesenta al acabar."

Todos los presentes se quedaron en silencio al escuchar la respuesta, al momento le sueltan otro verso:

"Ya comenzamos el son
Para definir el punto
Ahora en esta diversión
En mis versos te pregunto
¿Cómo será la cuestión
para definir el asunto?"

—En seguida el viejecito le contesta:

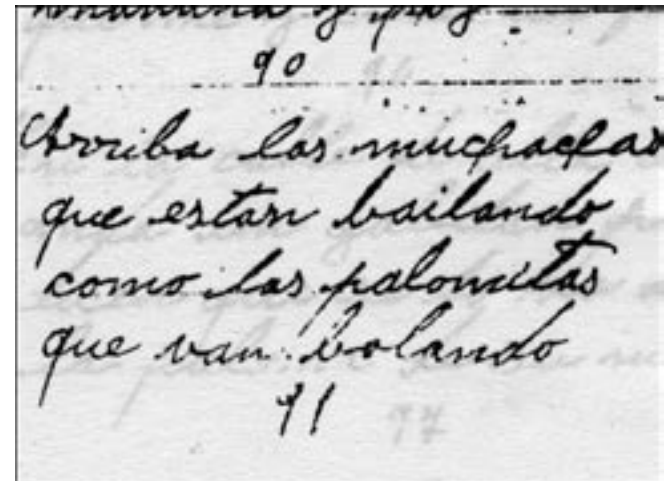
"Vamos formando cadenas
en versos de argumentar
¿Dónde vivía la ballena
en las honduras del mar,
o ha de ser por la cantera
que nunca se puede hallar?"

Así el viejecito estuvo contestando versos de argumentar, versos picones. Pero mientras el viejecito contestaba se alejaba poco a poco de la tarima.

Siguieron tocando son tras son y sin darse cuenta los músicos se fueron durmiendo y el ancianito seguía tocando y tocando.

Los músicos quedaron completamente dormidos en medio del monte, cuando despertaron se encontraron tirados a orilla de un arrollo y sus jaranas a los lados. Cuando levantaron sus jaranas se dieron cuenta que todas las cuerdas estaban reventadas. Entonces se vieron las manos y los dedos los tenían hinchados y sangrados.

Se asustaron tanto que se alejaron presurosos dejando sus jaranas tiradas en el arroyo.



Don José, guitarrero



ROSITA LA FANDANGUERA
RELATO DE RICARDO FONSECA CADENA
A LOS 78 AÑOS DE EDAD

Hace muchos años vivía una señora que le gustaba tanto el fandango, que su vida era un martirio cuando no había.

Con ansiedad esperaba la llegada del sábado, día en que se efectuaban los fandangos en los barrios de San Andrés.

Cuando llegaba el sábado, desde muy temprano se ponía inquieta. Cuando caía la tarde bajaba al río con su jícara en la mano para bañarse y subía poco después con su largo pelo suelto tendido en su espalda.

Para asistir al fandango, se ponía sobre la oreja una gardenia blanca en contraste con su negro pelo suelto. Siempre usaba una pollera amplia olorosa a pachulí.

Rosita, que así se llamaba la mujer era bastante conocida en los fandangos por la gracia que tenía para bailar y lo hermosa que era.

Los hombres se sentían complacidos y contentos cuando la galeaban. Ella con el sombrero sobre su cabeza se movía de un lado a otro de la tarima ante la mirada de todos. Tiempo después se mandó construir una tarima de cedro rojo, que sonaba al zapatear sobre ella, muy clarito.

Cada que quería bailar, mandaba a buscar a los músicos e invitaba a los bailadores y bailadoras, quienes amanecían tocando y bailando.

Ella terminaba bañada en sudor y cansada de tanto bailar, pero llena de gusto por haberse divertido.

Así transcurrió la vida de Rosita, de fandango en fandango o en su casa cuando no había fiesta en algún barrio.

Un mal día se enfermó permaneciendo por mucho tiempo en cama, las piernas se le entumecieron de dolor.

Cuando escuchaba los cohetes anunciando un fandango, se ponía muy triste, la tristeza la acabó poco a poco hasta que una mañana amaneció muerta.

Después de que pasó el luto, su tarima fue prestada para

"...era conocida por su gracia para bailar y lo hermosa que era..."

un fandango, cuando el fandango estaba en su apogeo, la tarima llena de mujeres retumbaba, al golpe de los tacones de los zapatos de las mujeres, pero en medio de todo ese escándalo de los tacones se escuchó el llanto de Rosita. Las mujeres asustadas se bajaron y ya no quisieron bailar más, terminando ahí la diversión.

Tiempo después se volvió a prestar la tarima, repitiéndose el suceso. Así cada vez que se utilizaba la tarima para un fandango se escuchaba llorar a Rosita la fandanguera.

Finalmente la gente decidió no utilizar más esa tarima. El sol y el agua terminaron por destruirla, que nadie se dio cuenta dónde quedó.



Niño jaranero, Nopalapan

RELATO DE OREJA MOCHA CARLOS ESCRIBANO VELASCO A LOS 76 AÑOS DE EDAD

Mi finado padre se llamaba Rosendo. Desde que tuve entendimiento conocí la jarana y la música hasta el sol de hoy. Mi papacito hacía jaranas y las vendía a la gente de los ranchos vecinos o a músicos de San Andrés. En febrero las llevaba a las fiestas de Tlacotalpan desde antes de 1920. Entonces se caminaba hasta Alonso Lázaro, de ahí en bote y después a caminar de nuevo.

Cuando era un niño, le decía a mi papá que me enseñara a tocar, pues yo veía cómo se divertía, pero él siempre se enojaba y me decía:

—La jarana es muy mal vicio, chamaco ya será usted varón, entonces podrá usted tocar lo que quiera, hoy no.

Pero a veces yo le insistía que me enseñara a tocar un poquito o me prestara su jarana, como respuesta me sorrajaba un pescozón. Entonces guardaba silencio y permanecía sentadito a su lado, sin decir palabra alguna.

Mi papá me traía jalando por donde quiera que salía a tocar. Me gustaba andar con él, cuidarlo. Cuando ya estaba borracho se quedaba dormido.

En los fandangos tocaba la jarana o el punteador y le gustaba tomar aguardiente o té con té.

Cuando ya estaba borracho, me llamaba, haciendo que me sentara junto a él, entonces se ponía a enseñarme a tocar. Me decía de las pisadas y los tonos. Me aconsejaba no mojarme las manos cuando tocara, a echarle aceite a las cuerdas que por ese tiempo eran de tripa, y muchas cosas más.

Cuando se le bajaba la borrachera y le preguntaba lo que se me había olvidado, entonces me regañaba y hasta me pegaba. Es que mi papacito no se acordaba de lo que hacía cuando estaba borracho.

Así fue como aprendí a tocar la jarana, a los trece años toqué mi primer violín.

Aprendí de mi padre a hacer jaranas y violines con el filo de mi machete y así será hasta que Dios me llame a Juicio.



“...la tarima llena de mujeres, retumbaba...”



“...los músicos no querían dejar de tocar...”

LA JARANA DEL CHINO NARRACIÓN DE CAMPESINO ANÓNIMO

En una ocasión, a un fandango celebrado en una de las comunidades de la región habían acudido varios músicos y cantadores.

Muchos habían llegado temprano acompañando a los recién casados, pues era costumbre llevarlos con jaranas.

En el patio había grandes mesas improvisadas y sobre ellas las mujeres ponían tacualones repletos de tatabiyiyayo y cubetas de pinole.

Las tortillas calientitas las hacían otras mujeres, quienes tenían en el suelo tenamaste donde ponían el comal.

Al caer la tarde, los músicos se fueron acercando a la tarima que estaba bajo un manteado.

Con el primer son, todos se apresuraron para estar en el entablado. Habían iniciado los músicos pero los cantadores no se atrevían a cantar. Los bailadores tampoco se animaban para subir a la tarima.

El casero, que estaba observando, se subió a la tarima y le dijo a los presentes:

— Señores, esta noche es de diversión ¡A divertirse todos! Por el gusto de que a mi hija hoy se la lleva su marido.

— ¡Voy a dar una botella de jerez y una garrafa de aguardiente al mejor de los verseros. A la media noche la entrego para que la comparta con los músicos!

Se bajó de la tarima y volvió a escucharse el pájaro Cu. Nadie se atrevía a contestar, había recelo entre los verseros. Las mujeres tampoco subían.

De pronto un ancianito se subió a la tarima tratando de imitar groseramente a las mujeres al bailar. Enojadas las mujeres se subieron a la tarima bajando al ancianito dando de esta manera inicio al fandango.

Todos los verseros recorrían sus memorias buscando versos. Las mujeres subían y bajaban de la tarima. El fandango se estaba animando bastante.

Había un músico poco conocido por los presentes, de color moreno y pelo chino que hasta entonces había permanecido callado. Se acercó a los músicos, templó bien su jarana y se puso a tocar. La música de su instrumento era buena, sobresalía de las demás jaranas. Dejó que los demás cantaran en un principio, luego se puso a cantar con fuerza. Su voz era clarita dándole forma a cada son que cantaba.

Los asistentes estaban atentos a los músicos y versadores.

El negro de pelo chino con mucho cuidado agarraba su instrumento, tocando con delicadeza.

El sonido de esa jarana era inconfundible, daba una voz diferente a todas, confundiéndose con la voz del chino.

Cantó versos de entrada, de relación, de argumentar y tantos que no se habían escuchado por el rumbo, con el zapateado, que tenía cerca de dos horas de haber comenzado, pero ni los músicos, ni los cantadores se querían dar por vencidos.

Los asistentes estaban nerviosos porque algún perdedor podía comenzar con versos picones y saldrían los machetes a relucir.

Sin embargo el son siguió de frente. Se tocó tanto tiempo que muchos jaraneros tenían su jarana salpicada de sangre por los dedos reventados.

El chino cantó versos como nunca antes habían cantado. Llegó un momento en que los demás cantadores se callaron para escucharlo cantar. Los músicos no querían dejar de tocar para que siguiera cantando.

Cuando por fin terminó el son, se dirigió en silencio hacia una mesita donde estaba el vino y la garrafa de aguardiente, los agarró y se alejó con el triunfo.

Nadie sabía quién era ni de dónde había venido. Lo vieron alejarse callado sin pronunciar palabras.

Había caminado unas veinte varas cuando desapareció en

LA BAILADORA DE ABATA NARRACIÓN DE CAMPESINO ANÓNIMO

En una ocasión, un señor, vecino de Belén Grande no tenía trabajo, buscaba pero no encontraba. Su desesperación aumentó que una mañana al filo del medio día en un cruce de calles pensó:

- Si el diablo me diera trabajo con él me iría a trabajar.

Entonces se levantó un remolino muy grande que lo envolvió y se lo llevó.

Nunca se volvió a saber de él, sus familiares lo buscaron pero no lo encontraron. Con el tiempo se olvidaron del asunto.

Este señor tenía una comadre, mujer joven pero viciosa para el fandango. Sábado con sábado bajaba del cerro montada en su burro acompañada de un grupo de mujeres.

Esta mujer que además de bailar mucho, le gustaba que a las mujeres que bajaban con ella de Santa Rosa Abata, las galearan.

Pero ella recibía la recompensa por la gala y consistía en una cerveza.

Sucedió que en una ocasión se organizaba un fandango muy bueno en uno de los barrios de San Andrés y hasta ahí estuvo presente la bailadora de Abata. El fandango comenzó temprano: llegaron los músicos templando los bordones de sus jaranas, los bailadores con sus botines limpios y garbancillos en los tacones, sonaban en el empedrado de la calle.

Mucha gente llegó a caballo y arriba del caballo observaba la fiesta.

A eso de las ocho de la noche, el fandango estaba encendido. Las cuerdas de tripa se reventaban y los músicos presurosos las remplazaban por otras nuevas. Las mujeres subían y bajaban de la tarima.

Entre trago y trago de aguardiente o mascando trocitos de canela afinaban la garganta.

A eso de la media noche, al son de la morena, la bailadora

de Abata se movía de un lado a otro lado de la tarima, con su largo pelo tendido sobre la espalda.

De repente escuchó que alguien la llamaba, volteó para todos lados pero no daba con quien le hablaba. Volvió a escuchar su nombre, pero no veía a nadie.

Entonces escucho que le dijeron:

—Comadrita, soy yo tu compadre Chano, mírame aquí estoy.

Pero ella no veía nada. Entonces pensó que eran ideas que le venían a la cabeza, pero al momento volvió a escuchar:

—Comadre voy a poner mi mano sobre tu cuerpo y la ensuciaré con sangre de mango para que quede marcada.

En ese momento pensó que se le habían subido las cervezas que se había tomado. Se bajó de la tarima y ya no quiso bailar esperó el amanecer para regresar a su lugar.

Pasaron los meses y la bailadora de Abata se hizo vieja. Seguía de fandango en fandango montada en su burro.

Un buen día apareció un hombre viejo en la casita de zacate de la bailadora de Abata. Ella no lo reconocía, le explicó que había ido a buscar a su familia a Belén Grande pero la casa estaba vacía. Intrigada la mujer le preguntó:

—¿Quién eres tú que no te conozco?

—Soy yo, tu compadre Chano mírame bien.

—Me fui al monte y me quedé dormido, soñé que tú bailabas en San Andrés y yo te hablaba pero tú no me escuchabas ni me veías, entonces te ensucí la enagua con sangre de mango.

Entonces la bailadora recordó aquella ocasión en el fandango donde escuchó que le llamaban. Se levantó de su butaque y fue a revisar su enagua y efectivamente, tenía una mano

RELATO DE MAYIYA
FACUNDO IXTEPAN MALAGA
A LOS 80 AÑOS DE EDAD

Cuando era muchacho, me gustaba mucho la música y el fandango. Estas fiestas se hacían los fines de semana o cuando había velorios.

Me desesperaba bastante entre semana, esperando que llegara el día de fandango, que era sábado o domingo.

Era tanto mi vicio que llegó un momento que por las noches soñaba con los fandangos. Clarito escuchaba la música en mis oídos. Me desesperaba y me levantaba escuchando la música alegrarse poco a poco.

Una noche que estaba medio borracho escuché clarito la música otra vez en mis oídos. No me aguanté, agarré mi jarana. Salí de la casa y me fui por el camino a Ocelota, pues por allá se escuchaba el fandango muy divertido.

Caminé y caminé hasta llegar a la rancharía. Cuando estuve entre las casas, me puse a buscar el fandango, pero no había nada. La música se escuchaba ahora muy lejos hasta que se perdió en el silencio de la noche.

Entonces me entró miedo. Busqué la casa de un amigo, le conté lo sucedido y me ofreció un rincón para pasar la noche pues el miedo que me entró no me dejó regresar.



El Apompal, Tres Zapotes, Veracruz



Raíces del apompo

LA JARANA QUE PERDIÓ LA VOZ NARRACIÓN DE CAMPESINO ANÓNIMO A LOS 70 AÑOS DE EDAD

Cuando era joven, me gustaba la diversión bastante, no había fandango donde no estuviera.

La jarana y yo éramos inseparables, es como si anduviera con alguna mujer de fiesta en fiesta.

Mi jarana era un requinto, hecho de una raíz de cedro que yo mismo desenterré en el campo.

La voz de mi jarana era única, no se podía confundir con las demás, por eso era motivo de envidia.

Mucha gente elogiaba el sonido de mi requinto, que cuando no asistía a un fandango se extrañaba su voz.

También había gente que no le gustaba que yo tocara. Se ponían de mal humor cuando escuchaban mi música.

Un buen día asistí a un fandango allá por la Cinco de Mayo. Ahí se hacían todos los sábados y concentraba mucha gente. Llegaban músicos de diferentes lugares, algunos llegaban a caballo desde las rancherías.

Como los organizadores eran carpinteros, habían hecho una tarima grande donde podían bailar muchas mujeres el son de a bastante.

Esa noche la diversión era buena había buen tiempo, muchas mujeres en la tarima, bastantes músicos y cantadores.

Estaba divirtiéndome con mi jarana cuando llegó a caballo un hombre maduro con un enorme puro en la boca.

Lo vi pasar con rumbo a los abrevaderos de Don Chema para amarrar su caballo.

Al poco tiempo ya estaba tocando con todos nosotros. Estaba inquieto, ningún lugar le acomodaba, así pasaron las horas en el fandango.

Después de un tiempo lo vi parado junto a mí, todavía traía el chicote prendido en la boca, sacando humo de vez en cuando, molestando a los presentes.

En el momento menos esperado se sacó el chicote de la boca y echó una bocanada de humo en la boca de mi jarana y se salió.

Me quedé desconcertado pero seguí tocando sin darle mayor importancia.

Al poco rato, al terminar un son me di cuenta que mi jarana estaba desafinada, salí a afinarlas y volví para tocar. A medio son me di cuenta que se había vuelto a desafinar, la volví a afinar pero en la afinación se reventó el sextillo.

Me senté a cambiar la cuerda pero al querer afinar se me reventó la primera.

No pude tocar toda la noche, pues mi jarana cuando no se destemplaba, reventaba las cuerdas.

Ahí me di cuenta que lo que aquel hombre hizo al echar humo a mi jarana, fue una maldad.



Alfonso Chima, legendario guitarrero del áera de San Andrés

EL MUERTO QUE REGRESO A TOCAR NARRACIÓN DE CAMPESINO ANÓNIMO

Me contaba mi abuelito, que cuando él era muchacho, los músicos se juntaban para divertirse. A veces en la oscuridad de la noche recorrían las calles con sus jaranas al hombro buscando la diversión en algún barrio del pueblo.

Mi abuelito salía con los muchachos de su barrio que les gustaba salir a los fandangos.

Un día se murió un compañero de la palomilla, a lo que todos se congregaron en la casa del difunto para cumplir con un deber . . . tocar por última vez y acompañar a la viuda y demás familiares.

Desde la tarde hasta la noche se estuvo tocando. La música era pausada y rara vez se cantaba un verso.

A eso de las doce de la noche, bajo la luz del candil y las velas les pareció ver, de pronto la imagen de su compañero parado en la puerta.

Todos dejaron de tocar sin decir nada. La piel se les enchinó, para darse valor uno con otro juntaron sus cuerpos.

Después de unos minutos que les parecieron horas, recordaron que el difunto decía "Aunque yo me muera, regresaré a tocar con ustedes, porque amo la bailada y la tocada y quisiera tocar hasta que me canse."

Los jaraneros recuperaron el valor y se pusieron a tocar, aunque la música ya no sonaba igual.

Estaban con recelo, temerosos viendo siempre hacia la puerta.

Al terminar de tocar, decidieron retirarse a sus casas. En grupo se alejaron de la velada.

Cuando habían caminado un buen tramo, decidieron voltear hacia la casa del difunto. Vieron que bajo la luz del candil había un hombre que tocaba su jarana.

Así en silencio se alejaron con pasos presurosos a sus casas sintiendo que detrás de ellos caminaba el difunto.



Flora en ejido ecológico López Mateos en el cerro de El Marinero

LA FIESTA DEL CERRO NARRACION DE CLEMENTE MIXTEGA BAXIN

Hace muchos años cuando la jarana daba vida a la muchachada, cuando se hacían fandangos en todos los barrios y rancherías del lugar nos sucedió algo increíble.

Un día cuando regresábamos de un fandango, ya entrada la noche, nos encontramos en el camino a una señora. Nos pidió que fuéramos a tocar un rato a su casa, pues tenían una fiestecita, a cambio nos daría una propina.

Todos aceptamos ir y nos fuimos caminando detrás de ella. Nos llevó por un lugar muy lejos. Cada vez subíamos más el cerro, alejándonos de la ciudad. Íbamos por veredas en el monte, un poco cansados, pero la señora seguía caminando como si nada.

Después de haber caminado un buen rato nos dimos cuenta que un enorme perro nos seguía. La señora parecía no preocuparse, mientras nosotros casi no podíamos caminar por el miedo. Se me puso la piel de gallina. Quería hablar pero no podía por el miedo que tenía.

Cuando al fin pudimos emparejarnos con la mujer, nos encontramos con unos campesinos que venían bajando, entonces les preguntamos:

—¿Cómo está la fiesta amigos?

—¿Cuál fiesta? Preguntó uno de ellos.

Nosotros respondimos que la que se estaba dando en casa de la señora.

—¿Cuál señora? Respondió otro campesino.

Entonces nos dimos cuenta que estábamos solos, no vimos por dónde se fue la señora.

Guardamos silencio y nuestros cuerpos empezaron a temblar.

Así en silencio llegamos a nuestras casas sin comentar



Son de parejas, Nopalapan

LA CEIBA DE PUCHUAPAN

RELATO DE JUAN MIXTEGA BAXIN A LOS 86 AÑOS DE EDAD

Me contaba mi papacito que cierto día se había celebrado un fandango cerca del nacimiento de Puchuapan, ahí mismo al pie de la ceiba grande.

Habían puesto un manteado desde la tarde. La gente se arremolinó en la tarima. Los bailarines se remudaban en el entablado, secándose el sudor de la cara con el pañuelo.

Las mujeres subían y bajaban soplándose con la punta del rebozo, mientras los cantadores afinaban la garganta mascando canela o tomando tragos de miel.

Los músicos entraban y salían del fandango cada que tenían que afinar sus instrumentos.

El fandango se puso en su punto. La música, los bailarines y los cantadores eran una sola cosa.

A eso de las once de la noche, cuando el fandango estaba más animado, llegó un cantador con un vozarrón de trueno. Muy bien afinado, muy fino en su cantada que los demás cantadores se

sintieron opacados y dejaron de cantar.

Cuando algún versero intentaba cantar, rápido le brincaba al verso que casi era imposible que hubiera un rival para él.

Este hombre de la voz de trueno se había adueñado del fandango, nadie cantaba más que él.

Todos estaban como encantados, los músicos toque y toque, los bailarines en la tarima dejándose llevar por la música y los cantadores mudos. Después de un tiempo uno de los músicos se dio cuenta que traía los pies volteados y los dedos revirados llenos de pelos

Uno de los cantadores que era muy entendido, se arrimó a la tarima y empezó a encomendarse a Dios cantando y cantando.

Los demás cantadores se dieron valor y también empezaron a cantar en nombre del santísimo.

Cuando menos se esperaba, se levantó un remolino con un viento tremendo que voló el manteado, la ceiba se retorció con fuerza y los sombreros volaron de las cabezas de los hombres.

Cuando volvió la calma, el cantador había desaparecido. Ahí terminó el fandango.

Desde ese día, el cantador que se encomendó a Dios para



Árbol de ceiba en La Antigua



Aves y lirios acuáticos en el lago de Catemaco

EL AMIGO NARRACIÓN ANÓNIMA

En una ocasión, en una fiesta de San Miguel Arcángel, se realizó un fandango durante el velorio, en el barrio, hasta donde llegaron varios músicos y bailarines, a caballo provenientes de las rancharías cercanas.

Hasta ahí, había llegado un muchacho a caballo con deseos de bailar, acompañado de su compadre.

Toda la tarde se divertieron en el fandango hasta muy entrada la noche.

El compadre, que era un hombre maduro, le dijo al muchacho:

—Vámonos compa, ya es media noche tenemos que andar un tramo largo. Yo me quedo aquí cerca, pero tú te vas más lejos.

De mala gana el muchacho hizo caso a su mayor, se montaron en el caballo y se alejaron, dejando atrás el fandango.

En el camino se pusieron a platicar, así entre plática y plática avanzaban en la oscuridad de la noche.

No sintieron cuando se les emparejó otro jinete que les dijo:

—Hey amigos ¿tan temprano se recogen? ¡Vengan, vamos a divertirnos!

—No mi amigo, ya vamos a rumbo —contestó el compadre.

—El mejor fandango está acá arriba vengan un rato, aun es temprano.

Pero el muchacho, que le picaban los pies por bailar, no lo pensó dos veces se bajó del caballo, donde iba con su compadre y se subió en ancas con el extraño.

El compadre no dijo nada y en silencio se fue a su casa, mientras el caballo del extraño se echó andar.

El muchacho perdió la idea del tiempo, tal parece que se quedó dormido, no supo como llegó ni qué tiempo tenía de haber llegado.

Cuando reaccionó estaba parado al pie de la cueva de la Laguna Encantada, completamente solo y a plena luz del día.



LA JARANA Y EL CASCABEL
NARRACIÓN DE TÍO JUANITO POLITO BAXIN
A LA EDAD DE 84 AÑOS

Hace muchos años, cuando era muchacho y andaba aprendiendo a tocar, me gustaba tocar una jaranita.

Trabajaba en una tienda grande allá por el rancho, por ahí pasaba la gente de Cerro Amarillo de abajo, La joya, Ohuilapan y Texalpan.

A veces se detenían a tomar un trago de aguardiente o a comprar cuerdas, que en ese tiempo eran de tripas.

Cuando cambiaban las cuerdas se ponían a tocar. Entonces yo abusado trataba de pepenar los tonos.

Entonces tenía como doce años y ahí escuchaba a los ancianitos decir que con un cascabel de culebra se escuchaba más fuerte y más bonita la música.

Un día quise probar y me conseguí un cascabelito. Con cuidado le amarré un cordelito.

Con un trocito de cera de abeja fijaba el cascabelito debajo de la tapa de mi jarana. Así me ponía a tocar.

Me daba gusto tocar esa Jarana porque su voz era clarita y fuerte.

Siempre que me invitaban a algún lugar, le colocaba el cascabelito a mi jarana y me iba a tocar.

Cuando sonaba mi jarana, la gente se quedaba escuchando con gusto. Algunos músicos me envidiaban por mi jarana.

En cada fandango me salían compradores, pero siempre les decía que no la vendía.

Después empecé a tocar la guitarra de son y abandoné un poco mi jaranita. Ahí la tenía guindada en mi casita de varitas de allá del rancho.

Un buen día nos invitaron a tocar a Catemaco. Salimos desde temprano, porque en ese tiempo se caminaba para llegar.

Por la tarde nos pusimos a tocar, junto con unos músicos de Catemaco. En la tarima bailaban mujeres grandes y hombres

"...algunos músicos envidiaban mi jarana..."

maduros. Cuando ya estábamos agarrados en la música, llegó un señor y se pegó a nosotros. Nada más se le quedaba viendo a mi jarana.

Cuando terminamos de tocar, el señor, que no se había ido se acercó a mí y se ofreció a comprar mi jarana.

Entonces, como yo ya tocaba la guitarra, que me decido a venderla. Pero cuando ya estábamos en trato, el señor que también era un mañoso, le metió los dedos a la boca de la jarana desprendió la cera y saco el cascabelito y ahí terminó el trato.



“...me daba gusto tocar esa jarana por su voz clarita y fuerte...”

LA SOMBRA DEL BERENJENAL NARRACIÓN DE DON GREGORIO BAXIN XOLIO A LA EDAD DE 95 AÑOS

Cierto día en que se organizaba un fandango en Ocelota me dispuse a asistir. Con varios amigos quedamos de vernos allá para divertirnos. En ese tiempo era la única manera de divertirse los jóvenes, no se escuchaban otra música más que la de jaranas.

Al caer la noche me eché a caminar con la ayuda de la luna. Me encaminé por un callejón largo y reducido formado por árboles de mulato.

Con la ayuda de nuestro Padre Creador seguí caminando, pensando en el fandango y la divertida que me daría en la fiesta.

Al llegar por una zanja por donde pasaba un arroyo, escuché que detrás de mí algo venía, me detuve y volteé hacia atrás para ver que era y sólo sentí que pasó un viento fuerte que azotaba a todo el berenjenal.

Era algo que zumbaba y movía todas las plantas y árboles a su paso. Como avanzaba por la vereda por donde tenía que caminar, me armé de valor y me puse a caminar detrás de ese ruidoso viento.

Cuando caminaba, se quedaba quieto y armaba un remolino que me impedía caminar.

Cuando me quedaba quieto, entonces avanzaba azotando la acahualera y los árboles a su paso, como si fuera un animal muy grande, pero no había nada.

Así estuve un buen rato, lleno de miedo, sin poder regresar por el mismo temor y sin poder avanzar mucho.

Al llegar a una ceiba gruesa, que servía a la vez de persogadero, pude ver cómo el viento la movió violentamente, haciendo un tremendo remolino.

Al no ver a nadie me eché a correr hasta que llegué a la casa donde se organizaba el fandango.

Le conté al dueño lo que me había sucedido, me dio un vaso de aguardiente y me dijo:

—Es el amigo que anda suelto hay que andar con cuidado. No tengas miedo, ven a la tarima y ráscale bonito.

Así amanecí hasta las cinco de la mañana, cuando terminó el fandango.



Cementerio prehipánico de Quiahuistlan

EL CERRO DEL ENCANTO ALFONSO CHIMA A LOS 70 AÑOS DE EDAD

No hermanito, la jarana y la mujer no se prestan ni se tratan mal, porque las dos nos divierten y a las dos las queremos con la gracia de Dios.

Cuando era chamaco, se hacían muchos fandangos en el rancho y ahí llegaban músicos de Caravaca, Ixbiapan, Calería y a veces hasta de Comoapan.

En ese tiempo no tocaba pero me gustaba ir al fandango. Cuando me hice más varoncito, me entró la diversión, me conseguí una segundita con la que aprendí a tocar.

¡Cómo sonaba mi jarana! Era ladina, con una voz que decía clarito lo que se tocaba, por eso la quería mucho.

Cuando terminaba de tocar, la destemplaba, la limpiaba con aceite. Luego la guardaba en una costalilla de manta para que no se rayara la pintura del barnizado.

En una ocasión me fui a un fandango a Calería. Había muchos músicos, la fiesta estaba animada.

Como me había templado por el camino, cuando llegué me puse a tocar uno y otro son, no se descansaba. Jaranero que se sentía cansado salía a descansar, pero el fandango seguía con los músicos que se quedaban tocando.

En eso estaba cuando se me acercó un jovencito bien parecido, creo que era de razón porque andaba bien vestido. Se quedaba viendo cómo tocaba, parecía que le gustaba cómo sonaba mi instrumento porque se le quedaba viendo pensativo.

En una de esas que termina un son, salgo para descansar un rato y me dice:

—Señor ¿me presta un ratito su instrumento?

Entonces se lo templé bien y se lo di para que se divirtiera. Yo me fui a sentar en un tronco a comer unos tamalitos.

Desde ahí escuchaba la música y distinguía mi instrumento entre todos.

Después de un rato me di cuenta que el sonido de mi jarana se iba escuchando menos.

Luego, luego me empecé a preocupar, me levanté y fui a donde estaban tocando y... ¿Qué crees hermanito? Al cristiano que le di mi jarana ya no estaba, pero la música se seguía escuchando a lo lejos y me dije:

— ¡Este maldecido me está robando mi instrumento! ¡Y se la lleva tocando el descarado!

Entonces le dije a dos amigos:

— ¡Acompañenme, vamos tras ese desgraciado que se llevó mi jarana!

Corrimos por el rumbo de donde se escuchaba la música. Después de algunos minutos escuchamos más fuerte la música y decíamos:

— ¡Ya lo vamos alcanzando!

Así pasamos el río y agarramos camino rumbo a Matacapán

De repente escuchamos la música fuerte, fuerte, pero no distinguíamos de donde venía el sonido, pues se escuchaba en todos los sentidos. Buscábamos y no dábamos por donde seguir.

De pronto se quedó todo en silencio. En ese mismo instante vimos la jarana sobre una piedra. Ahí mismito al pie de Cerro del gallo.

Todo era silencioso. Ni un alma logramos ver, solo nosotros tres que llenos de miedo nos regresamos en silencio.

Después comprendimos que en ese cerro habitaba el encanto.

Desde ese día no volví a tocar mi jarana. Aprendí a tocar la



EL ENCANTO DE COXOLE NARRACIÓN ANÓNIMA

En una ocasión, cuando era muchacho y empezaba a bailar el son, escuché como a las nueve de la noche una música tan animada que me dieron ganas de ir.

Para que no se diera cuenta mi papacito, me levanté de mi cama de varitas sin hacer ruido, agarré mis botines y con mucho cuidado salí.

Antes uno se acostaba temprano porque no teníamos luz eléctrica, solo habían candiles.

Mi casita era de palma y pencas como todas las que habían en el rancho, sólo que la mía estaba aislada del rancho, estaba construída en medio del monte, cerca del Cerro de Coxole.

Esa noche, después de haber salido sin hacer ruido, me puse a caminar con los botines bajo el brazo por una vereda rumbo a Ohuilapan, que estaba como a quince minutos de camino de mi casa.

Al llegar a un arroyo me senté en una piedra para lavarme los pies y ponerme los botines. En eso estaba cuando se volvía a escuchar la música muy clarita muy animada. Se escuchaba fuerte el repiqueteo de la tarima, sólo que se escuchaba en sentido contrario adonde la había escuchado por primera vez. Pensé que el aire se había llevado el sonido y no le di importancia.

Ya con los botines puestos me apresuré para llegar al fandango guiado por el sonido de las jaranas. De pronto hubo un silencio profundo que me obligó a detenerme para no romperlo con mis pisadas.

Después de un rato, volví a escuchar el sonido de las jaranas, pero en otro sentido. Entonces me entró un recelo, me puse a observar a mi alrededor y me encontraba prácticamente en el mismo lugar, no había avanzado nada.

Como la música se escuchaba tan animada que decidí continuar caminando, agarré otra vereda y caminé en el sentido de donde venía la música.

Caminé y caminé hasta agobiarme, se me hizo largo el tiempo, quizás horas de camino, pero al observar nuevamente a mi alrededor para ubicarme, me percaté de que estaba en el mismo lugar, no había avanzado nada. Entonces fue mayor mi miedo al gusto por el fandango y me decidí mejor regresar a mi casa.

Al voltear, pude ver mi casa en un claro del monte. Triste y lleno de temor me puse a caminar rumbo a mi casa. De pronto vuelvo a escuchar la música muy animada, el sonido de la tarima, clarito dejaba oír cada zapateo de los bailadores. La risa y los gritos de los asistentes me hacían ver que la diversión era en grande, sólo que ahora venía el sonido del pie del Cerro de Coxole, ahí mismo donde se encontraba mi casa.

Entonces comprendí que no era cosa buena, que era el encanto, y para no ser atrapado por el encanto mejor me quedé a dormir en el monte esa noche.



"...los cantadores ya afinados cantaban como calandrias..."

CUIDADO CON EL TE

En cierta ocasión, en una ranchería se organizó un velorio muy concurrido. Desde las cuatro de la mañana se habían ido a traer a la virgen a J. Moreno.

Todo era movimiento en el rancho, algunas mujeres estaban confeccionando el altar con limonarias y flores de papel. Otras guisaban grandes pailas de comida y pinole. En otra mesa se preparaba la masa para hacer los tamales.

Las más jóvenes y los músicos habían bajado por la imagen, acompañados de las cantadoras.

Después de varias horas de camino se escucharon a lo lejos los cohetes anunciando el acercamiento de la procesión.

Dentro de una caja grande de madera iba la virgen. Dicho nicho era cargado a la espalda con mecapale por una persona. Detrás de la imagen las mujeres cantando salmos a toda voz, y detrás de las mujeres unos doce músicos tocando sus jaranas.

Al entrar a la ranchería los pobladores se acercaban para tocar la imagen.

Por la tarde dio inicio el fandango, de tal manera que por un lado estaba el altar de la virgen donde rezaban, cantaban salmos y se hacían limpias ante la imagen.

En el otro extremo estaba la tarima en donde se congregaban los músicos, bailadores y cantadores.

Se desgranaban los versos en el fandango. Las mujeres pasaban de un lado a otro arriba de la tarima.

Algunos cantadores tomaban sus traguitos de aguardiente, otros mascaban pedacitos de canela para no perder la claridad de la voz.

Al caer la noche se sintió frío y para calentar el cuerpo se repartía a los asistentes vasos de café y té con té, que era una combinación de té de canela con té de patololote y su chorrito de alcohol.

Cuando empezó a caer la madrugada con su humedad y su frío, los instrumentos subieron de tono. Los cantadores ya afinados cantaban como calandrias. La fiesta seguía, la tarima no

daba cabida a tantos bailadores, los músicos no descansaban y los cantadores soltaban versos tras versos.

En un momento inesperado, apareció un señor con un posillo en la mano lleno de té con té y se lo ofreció a un compañero que cantaba muy bonito, era el mejor de los cantadores.

El cantador agarró el ofrecimiento, tomó un trago, tomó otro y al tercero se le trabó el trago en la garganta.

No podía tragarlo ni sacarlo, abría los ojos muy grandes, se pegaba en el pecho pero no podía tragar o sacar el buche de té con té.

Se empezó a poner morado y nadie hacía nada todos nada más veían.

Entonces se metió los dedos en la garganta hasta que tosizó y sacó el té con un pedazo de sangre.

El cantador había salvado la vida pero se destrozó la garganta con los dedos. Desde ese día dejó de cantar y asistir a los fandangos.

La persona que le ofreció el té había desaparecido después de haberle hecho el mal.



Juan Pólito Baxin, tío Juanito, guitarra de son, acompañado de Andrés

ME ENCANTARON LOS CHANEQUES NARRACIÓN DE FLORENTINO AMBROS XOLIO

En una ocasión, entrada la Semana Santa, al caer la tarde escuché una música muy buena, entonces le dije a un amigo:

—Vamos a Miltepec que hay fiesta.

Como no hay fiestas muy seguidas por los ranchos, ni adonde divertirse, mi amigo no lo pensó dos veces y nos pusimos en camino.

Él con su jarana y yo con mi guitarra nos fuimos tocando en el camino por los rieles del tren para llegar a Miltepec. Conforme nos acercábamos se escuchaba la música más clarita. Al llegar a Puente Negro la música dejó de escucharse, sólo el canto de los grillos se oían. Esperamos un tiempo y al no oír nada pensamos en regresar.

Habíamos emprendido el regreso cuando volvimos a escuchar las jaranas.

Dimos media vuelta y nos regresamos para buscar la fiesta pero al llegar nuevamente a puente negro se volvió a perder la música. Un silencio total dominó el ambiente. Nos entró temor y decidimos regresarnos.

Llevábamos caminado unas doscientas varas cuando volvimos a escuchar las jaranas y el sonido de la tarima al golpe de los tacones. Como éramos viciosos por la música, titubeamos un rato pero al final decidimos buscar el fandango.

Al llegar nuevamente a puente negro se volvió a quedar todo en silencio.

Llenos de temor esperamos un ratito antes de regresar a nuestras casas, pero de pronto vimos que el sol empezó a salir. Mi compañero asombrado me dijo:

— ¡Ya está amaneciendo, Florentino!

A lo que yo le contesté:

—No puede ser, aún es de noche, tenemos como tres horas que salimos del rancho.

—No Florentino, ya es de día mira el sol, ya está subiendo.

Sin querer perdimos el tiempo, pasaron horas y nosotros creíamos que eran minutos.

Los chaneques de puente negro nos habían encantado.



Grupo Cultivadores del Son de San Andrés, Tuxtla

EL MATA GATOS ANÓNIMO

En mis tiempos había mucha diversión. Por todos lados se organizaban fandangos, los hombres se preocupaban en tocar, bailar o cantar porque era la forma de divertirse.

La música de jarana era lo que dominaba en ese tiempo.

Cerca del mercado se encontraba la Casa del Fandango. Una galera de zacate colorado que estaba construída donde hoy está la estatua de Juárez.

En ese sitio se realizaba el fandango real, ahí no tocaba cualquiera, como tampoco cualquiera se subía a la tarima.

Cuando un cantador de rancho se acercaba a cantar no faltaba quien le echara esta copla:

“Cállate gallo picudo
o te zorrajo un revés
aquí no cantan rancheros
cantan los de San Andrés”

Si alguna pareja de bailarores subía a la tarima a bailar, nadie los remudaba ahí los dejaban a que se cansaran.

La gente que bajaba de los ranchos se divertía en los fandangos de los barrios pero no podía hacerlo en el fandango real.

Los jaraneros utilizaban en ese tiempo cuerdas de tripas, las cuales no aguantaban mucho tiempo. Después de tres o cuatro fandangos había que cambiarlas. Los músicos previniéndose a perder cuerdas, cargaban siempre sus cuerdas de repuesto. Este tipo de cuerdas las traían de fuera.

Algunos músicos para ahorrarse medio tlaco, que era lo que constaba cada cuerda decidían fabricarlas con las tripas de leche de las reses.

Entre los músicos de ese tiempo, habían unos que traían cuerdas especiales, eran más delgadas y aguantaban más, además de dar un sonido más fino. Nunca querían decir donde las compraban.

También estaban echas de tripa.

Sucedió que un día surgieron muchos ratones, pero los gatos eran escasos en las casas. Muchos habían desaparecido y nadie sabía cómo. Ocho gatos se habían perdido del barrio, y nadie sabía por dónde andaban.

Pasaron los días y los gatos no aparecían por ningún lado.

Después de varios meses, empezaron a perderse nuevamente los gatos. Primero fue uno blanco, después uno amarillo, por lo que las familias se preocuparon en cuidar sus animalitos.

Una noche se escuchó un golpe fuerte y el maullido de dolor de un gato. Al asomarme vi en la oscuridad a un hombre con un tirador en la mano recogiendo a un gato en la calle.

Salí con cuidado para no ser visto y me dispuse a seguir a la persona. Era la casa del músico de cuerdas finas.

Me asomé por una rendija y pude ver que bajo la luz de un candil, el hombre estaba abriendo el gato y le sacaba las tripas. Me quedé observando y vi como lavaba bien las tripas del gato, después las raspó con cuidado, les echó sal y las amarró con un cordelito de una viga, por un lado y por el otro les amarró una piedra para que se estiraran.

Ahí comprendí que ese cristiano mataba los gatos para hacer cuerdas



Gregorio Xolio, viejo músico del municipio de San Andrés

TÍO MACHE GÓMEZ

Don Macedonio Gómez era un viejecito de unos 90 años, de la comunidad de los Mérida, del Municipio de San Andrés Tuxtla, Veracruz.

Era un hombre de baja estatura que nació con la desafortuna de tener los brazos muy cortos, apenas le llegaban las manos a la cintura, por eso nunca tocó jarana.

También nació con los dedos de los pies como si fueran bolitas de carne viradas hacia arriba, lo que le hacía caminar con torpeza y lo imposibilitaba para usar zapatos y bailar un son.

Más, sin embargo, la naturaleza lo dotó de una voz extraordinaria y una memoria privilegiada para aprender cientos de coplas.

La voz de tío Mache Gómez aunada a la cantidad de versos que conocía y su entusiasmo por el son lo convirtieron en un personaje indispensable en los fandangos de la Región de Los Tuxtlas.

En una ocasión narró parte de su andar por el camino del son:

“Nunca aprendí a tocar ni a bailar por el problema de mis brazos y mis pies, pero siempre me gustó cantar.

Me gustaba agarrarme con los otros cantadores del lugar o de las comunidades vecinas, como fueron Bartolo Muñoz de Ahuacapan y Antonio Anota de Ocelota. Además de aquellos que venían de las tierras bajas.

Me sabía muchos versos, pues mi mente estaba fresca. Podía pasarme cantando dos días con sus noches sin repetir versos.

A mis rivales, para alertarlos, les cantaba el siguiente verso:

“Yo soy en hombre andador
que en la calle real me vivo
usted no es mi confesor

pero la verdad le digo:
para un madrugador
hay otro que no ha dormido”

En una ocasión acudimos a un velorio y llegamos muchos músicos y cantadores; el casero había matado una vaca, por lo que había tamales y aguardiente de sobra.

Nos persignamos primero ante la virgen antes de entrar a cantar, luego nos fuimos junto a la tarima para iniciar con la versada. Se pedía permiso y eran versos de entrada:

“Licencia pido primero
para empezar a cantar
con permiso caballeros
versos quiero desgranar
si me autoriza el casero
dueño de este solar”

Don Macedonio recorrió todas las comunidades de su zona, cantando en los fandangos y velorios.

En sus últimos años de vida, cuando subía a San Andrés pasaba por la Casa de Cultura a saludarnos o a platicar.

Un día del mes de abril que vino a la ciudad a comprar, pasó como de costumbre a platicar y me dijo entre otras cosas:

—Ya voy a dejar la cantada, me siento cansado y enfermo. Me cuesta trabajo andar de noche, pero quiero cantar por última vez el tres de Mayo, deseo hacer una fiestecita a la Santísima Cruz por lo que te vengo a invitar para que me acompañes.

Pasaron los días, llegó mayo y el día tres de mayo de 1999



Casa de la Cultura, San Andrés, Tuxla

EL PELÓN RIVEROLL

El Pelón Riveroll era un señor alto y moreno, de unos cuarenta y cinco años de edad. Su nombre no lo supe. Era jaranero y a veces coincidíamos en los velorios de la localidad, de esta manera nació una amistad que hacía que de cuando en cuando se acercara a la Casa de Cultura, por las tardes, para tocar un rato y echar algunos versos.

Un día como cualquier otro, pasó a Casa de Cultura, después de haber comprado en el mercado, agarró una jarana y se puso a tocar con los muchachos, que tenían rato de estar tocando.

Se tocaron y cantaron varios sones. La noche había llegado y era hora de retirarse, todos pusieron los instrumentos en su lugar, haciendo lo mismo el Pelón Riveroll.

A los pocos minutos de haber salido, regresó el Pelón Riveroll, se paró frente a Guille, que era la secretaria y le dijo la siguiente décima:

“Concha nácar en botón
principio del carey
que nos guarde nuestro Rey
que regrese a mi cantón
será la última ocasión
que yo te vuelva a ver
guárdate como mujer,
adiós mi vida preciosa
adiós mi botón de rosa
causa de mi padecer”

Esa fue la última vez que Pelón Riveroll tocó y cantó con nosotros la muerte lo alcanzó el día después.



EL VIOLÍN DE DON MODESTO

Don Modesto era un viejecito delgado como pluma. Siempre gustaba ir a los velorios y acompañar el acarreo de la virgen aunque casi nunca terminaba un son ni amanecía. Por esa razón los demás músicos de los fandangos lo criticaban pero es que nadie sabía por qué don Modesto actuaba así.

Cuenta que cuando era niño se tocaba mucho el violín en los fandangos, al que los viejitos le decían yigui-yigui. Nunca faltaba un violinero entre un grupo de jaraneros. Cuando no lo había los músicos estaban inquietos.

Era costumbre entre los músicos que cuando asistían a un velorio lo hacían por gusto, no lo hacían obligados. En ese tiempo no se ganaba nada y se tocaba toda la noche hasta el amanecer.

Cuando se llegaba a un velorio, lo primero que se hacía era limpiarse y limpiar el instrumento con una reliquia de la imagen y luego congregarse a la tarima para el fandango.

Pero un día en que hubo un mal tiempo, no se podía salir en procesión con la virgen, así que todos esperaron largo tiempo a que se apasiguara la lluvia.

En una escampada salieron presurosos con la imagen por delante, junto a ella los coheteros, detrás de ella los sahumeros y las cantadoras, después de las cantadoras, los músicos con sus jaranas cubiertas, temerosos a que se les mojaran.

Así caminaron cerca de doce kilómetros para llegar al pueblo.

Una vez que llegaron a su destino el casero no atendió a los acompañantes los cuales se retiraron a sus casas con cierto disgusto.

Por la noche regresaron los músicos y la gente pero los jaraneros no se acercaron al altar. Como fueron llegando se fueron congregando en la tarima donde había iniciado el fandango.

Un viejecito que traía un violincito muy viejo, al ver el desprecio que le habían hecho a la imagen, se acercó al altar, se limpió con una ramita de albahaca y limpió su violín y se sentó lejos del fandango y desde ahí observaba la fiesta.

Entre los músicos del fandango, había un violinero que nadie sabía de qué rumbo había venido pero estaba tocando ahí junto a la tarima.

Al principio las cuerdas del violín chirriaban penetrando el sonido en lo más profundo del oído. Las bailadoras se tapaban los oídos pero los demás músicos no escuchaban el sonido del violín.

Los bailadores no querían subir a la tarima y se fueron alejando poco a poco del fandango, por no soportar el ruido del violín pero los jaraneros no lo escuchaban y seguían tocando.

Tocaron el mismo son por mucho tiempo, sin descansar algunos músicos comenzaron a sangrar de los dedos. Los bailadores aburridos al principio y con miedo después se alejaron de la tarima.

Quedando únicamente los músicos tocando, los instrumentos salpicados de sangre seguían sonando con el golpe de los dedos de la mano.

El hombre del violín los había encantado. Ellos no se daban

cuenta, ni sentían dolor de los dedos, ni escuchaban el horrible sonido del violín.

Pero el viejecito que había estado observando desde lejos los hechos, cuando lo consideró prudente se puso de pie, afinó su violín y se acercó al grupo tocando su instrumento.

Así entre los violineros surgió una especie de combate. Era como si los violines hablaran. Uno con una voz horrible y fea y otro con una voz dulce y suave.

Se empezaron a romper las crines del arco al pasar con fuerza de un lado a otro del violín.

La gente llena de temor, desde lejos observaba a los músicos en silencio.

Cuando pasó un remolino, el hombre del violín había desaparecido. Sólo había quedado el viejecito con su violín frente a los músicos.

Los jaraneros, entonces, reaccionaron, se vieron las manos, sin explicarse lo que había pasado. Ahí terminó el fandango comprendido que no tenían que hacerle desprecio a la virgen.



“...El hombre repiqueteaba bien los sones con fuerza y asentaditos...”

POR QUE NO BAILA EL HOMBRE

En los tiempos de antes, nadie usaba zapatos, todos andaban con huaraches o descalzos.

A la persona que le gustaba la diversión juntaba sus centavos para mandarse hacer sus botines, utilizándolos sólo para bailar en los fandangos.

Por ese tiempo vivía un hombre que era muy vicioso para los fandangos. Todos los sábados se le veía por los fandangos con sus botines lustrosos. Desde que llegaba a un fandango se encaramaba en la tarima y no había quien lo bajara. Si alguien subía a la tarima, no bien terminaba el verso cuando ya lo estaba bajando.

Este hombre era el que estaba más tiempo sobre la tarima en los fandangos. El hombre repiqueteaba bien los sones con fuerza y asentaditos. El problema era que no dejaba bailar a los demás bailadores, creando descontento en cada fandango

En una ocasión se desarrollaba un fandango en una noche pesada, de esas donde se siente en el ambiente la presencia del amigo. El cielo se oscurecía y se iluminaba por el paso de las nubes bajo la luna. El fandango subía de tono. Diez o doce músicos arremolinados en la tarima. Los versos se desgarraban uno tras otro. Son tras son se fueron escuchando y la tarima repleta de bailadoras.

En una de esas se escuchaba el son del buscapié y el hombre se sube a la tarima. Estaba dando los primeros repiqueteos, cuando sopló un aire suave que agradó a todos los presentes. El son siguió sonando pero sólo las mujeres se remudaban. El hombre seguía sobre la tarima. El resto de los bailadores sólo veían, querían subir para remudarlo pero había una fuerza extraña que los detenía.

De pronto el bailaror cayó con un fuerte dolor en las piernas, todos reaccionaron. Se había roto el encanto pero el bailaror se había roto los ligamentos de las piernas.

Nunca volvió a bailar ni se acercó a los fandangos.

GLOSARIO

Chaneque: Especie de deidad mitológica entre los Náhuatl; el dueño de los arroyos, de las aguas que en la región son vistos también como los creadores del encanto. El Chaneque hace travesuras a los niños.

Yobaltabantl: Vocablo para designar al diablo, Tavelilo en mexicano. Los Yobaltabantl hacen travesuras a los adultos, a la gente mayor. Tanto Chaneque como Yobaltabantl son figuras que tienen una función educativa.

Chinalteco: De la Chinaltla, una etnia de Oaxaca. Es una de las afinaciones de las jaranas. Empezando de la primera a la quinta cuerda de la jarana, esta afinación es como sigue: Do, Mi, La, Sol la quinta no se toca en este caso, mientras que la afinación tradicional es: Sol, La, Mi, Do, Sol.

Media Bandola: Relacionado a la bandola venezolana. Empezando de la segunda: Re, La, Sol sin la quinta.

Variación Obligado: Sol, Si, Sol, Re, La.

Terral: Niebla, neblina.

Tacualón: Plato de barro burdo, rústico.

Tatabiyiyayo: Comida ritual proveniente del Náhuatl: Tatabit y yayo. Caldo colorado. Se prepara en ocasiones conmemorativas o rituales como velorios y bodas: hecho con carne de res y masa.

Tenamaste: En Náhuatl, las tres piedras entre las cuales se hace el fuego para cocinar y sobre las cuales se coloca el comal, la olla.

GLOSARIO

Vara: Unidad de medida castellana equivalente a .8356 m.

Versos de entrada, de relación y de argumentar: Los de entrada, cuando el cantador pide permiso para iniciar el canto. De relación cuando los cantadores relacionan los versos por tema. Los de argumentar son cuando el cantador hace preguntas y el otro responde, sin dejar pasar la música.

Guindar: Colgar.

Acahualera: Matorral bajo y espinoso.

Persogadero: Lugar donde persogan, amarran, a los animales.

Limonaria: Tipo de árbol con fragancia de limón.

Pailas: Cazo grande de cobre o de lámina para los tamales.

Pinole: Bebida de maíz molido tostado; harina con que se prepara dicha bebida.

Mecapale: Yute utilizado para amarrar leña.

Patololote: Árbol también conocido como pimientón.

Tlaco: La cuarta parte de un molde de piloncillo; cuarta parte de un níquel.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE SAN ANDRÉS

Bustamante Rábago, Fernando (compilador). Recopilación poética de Santiago Tuxtla, San Andrés Tuxtla y Catemaco, Ver. México, D.F. : SEP, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1981.

Fernández, Angel José. Lobillo, Jorge Lira de San Andrés y de Los Tuxtlas. Veracruz, Veracruz, México : Instituto Veracruzano de Cultura, 1995.

Muñoz, Mario (ed.). Cuentistas de San Andrés Tuxtla. Veracruz, Veracruz, México : Instituto Veracruzano de Cultura, 1995.

Olavarrieta Marenco, Marcela. Magia en los Tuxtlas, Veracruz. México, D.F. : Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes : Instituto Nacional Indigenista, 1989.

Pasque, Leonardo. Historia de San Andrés Tuxtla, 1532-1950. México, D.F. Editorial Citlaltépetl.

Rivas Castellanos, Eneas (ed.). Antología Poética de los Tuxtlas [Xalapa, Veracruz, México] : Instituto Veracruzano de Cultura, 1993.

Starr, Elizabeth. Field Notes on San Andrés Tuxtla. Chicago: University of Chicago Library, 1950.

SON JAROCHO

Loza, Steven From Veracruz to Los Angeles: The reinterpretation of the Son Jarocho Latin American Music Review/Revista de Musica Latinoamericana, vol. 13, no.2, fall-winter 1992. p. 179-194.

Loza, Stephen Origins, form, and development of the son jarocho: Veracruz, Mexico. Aztlan, USA Vol. XIII/1-2 (spring-fall 1982) 257-74.

Sheehy, Daniel Edward. The Son Jarocho: The History, Style, and Repertory of a Changing Mexican Musical Tradition. PhD diss.:U. of California, Los Angeles, 1979) 401 p.

Sheehy, Daniel Edward. Speech Deviations as One of the Determinants of Style in the Son Jarocho of Veracruz, Mexico. (MA diss., Music: U. of California, Los Angeles, 1974).

Vázquez Domínguez, Rubén. El Son Jarocho : Sus Instrumentos y Sus Versos. Xalapa, Ver., México: Universidad Veracruzana, Dirección Editorial, 1991.